

Diarios

Constant el inconstante

Benjamin Constant
Diario íntimo
Traducción de Jorge Salvetti

ALFAMA
203 PÁGINAS
16 EUROS

El cuaderno rojo
Traducción de Manuel Arranz

PERIFÉRICA
134 PÁGINAS
13,50 EUROS

LAURA FREIXAS

Que un autor/a pase a la historia por lo que él mismo consideraba menos importante de su obra: he aquí una paradoja bastante frecuente en la historia de la literatura. Voltaire, por ejemplo, dedicó sus mayores esfuerzos a unas tragedias que ya nadie lee ni representa, mientras escribía como pasatiempo *Candide*, hoy un clásico. Lo mismo le sucedió a Benjamin Constant: se le recuerda por una novela que redactó en quince días, *Adolphe*, y no por el estudio de las religiones al que dedicó quince años (como nos recuerda Manuel Arranz en el prólogo a *El cuaderno rojo*).

Aunque *Adolphe* se publicó en vida del autor (en 1815), sólo al reeditarse a finales de siglo conquistó un amplio público: se había puesto de moda entre tanto la novela psicológica. ¿Será que Constant se

Nacido en Lausana en 1767, el escritor y político francés fue un personaje complejo, culto y de vida agitada

adelantó a la posteridad o que, como sostenía Proust, las obras innovadoras crean su propia posteridad, cambiando el gusto del público? Sea como fuere, lo ocurrido con *Adolphe* prefigura la trayectoria de las dos obras que ahora comentamos. Ambas han salido a la luz mucho después de la muerte del autor, que no las escribió para el público: en esa época los diarios íntimos permanecían inéditos (por eso podían ser íntimos de verdad, cosa que rara vez son los de ahora)

y, en cuanto a la autobiografía, ni siquiera la acabó.

Nacido en Lausana en 1767, hijo de una familia francesa protestante que se instaló en Suiza huyendo de las persecuciones religiosas, Constant es un personaje complejo. Culto, sentimental, incoherente, agitado... se parece a su época. Constant el inconstante, se llamaba a sí mismo. En *El cuaderno rojo* nos relata su infancia y juventud: sin madre (muerta al nacer él) y con un padre ausente (era militar), es confiado a diversos preceptores, a cual más pintoresco, y vaga por media Europa. Pronto empiezan su desastrosa afición al juego y sus amoríos con mujeres mayores y casadas. Él mismo se define como "un hombre que no sabe qué hacer con su vida", pero el ser consciente de ello no le basta para decidirse por fin, ni entre Alemania y Francia, ni entre la compañía y la soledad, ni entre su amante oficial Madame de Staël y sus otros amores... Tampoco en política tuvo una posición clara: tras haber publicado virulentos panfletos contra Bonaparte, cuando este le pidió que redactara un proyecto de Constitución, Constant acudió mansamente.

Mientras que las memorias de Madame de Staël, que comentamos hace poco en estas mismas páginas (*Diez años de destierro*, Lumen), se centran en lo político y resultaban algo impersonales, *El cuaderno rojo* y el *Diario íntimo* son textos que, además de su valor histórico (ahí es nada, una entrada que empieza: "Ceno con Schiller y Goethe..."), lo tienen humano. Su desgarrada sinceridad, en particular al hablar de su complicada vida amorosa, la severidad con que el autor se juzga a sí mismo, y en general su lucidez, nos los hacen próximos y conmovedores. Sobre todo el *Diario*. Por desgracia, en esta edición, la ausencia de prólogo y la insuficiencia de las notas hacen aconsejable su lectura sólo a quien ya esté familiarizado con el mundo de Constant y sepa, por ejemplo, que Albertine es la hija adulterina que tiene el autor con Madame de Staël, información que ninguna nota se digna darnos... Para el lector/a profano, vale más empezar por *El cuaderno rojo*, en una cuidada y satisfactoria edición de Manuel Arranz. En todo caso, y sea cual sea el libro por el que se aborde, estamos ante una recuperación necesaria, un autor que vale la pena conocer. |



Benjamin Constant, en un grabado de época

CORBIS

Diarios Los escritos más íntimos de Mansfield hasta antes de su muerte

Mujer inmóvil

Katherine Mansfield
Diario

Prólogo de Virginia Woolf.
Traducción de Aránzazu Usandizaga

LUMEN
291 PÁGINAS
18,90 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Quizá por contraste, leyendo el *Diario* de Katherine Mansfield (1888-1923) me viene el recuerdo de una mujer pintada por Mary Cassat que transpira lo que alguien llamó "la armonía de la salud". Todo lo contrario del retrato de Katherine Mansfield que ilustra la portada del libro: sugiere una criatura quebradiza y sola que mira el mundo exterior desde una sensibilidad



Retrato de la escritora de origen neozelandés Katherine Mansfield
GETTY IMAGES

probablemente exacerbada. Y así fue ella. Sabemos que escribió su *Diario* –había destruido otros cuadernos anteriores– de una forma continuada desde 1914 hasta poco antes de morir, erosionada física y espiritualmente por una tuberculosis que se le manifestó en 1917. Un diario, como bien dice Virginia Woolf en el prólogo, absolutamente *privado*, escrito como vía de expansión emocional sin pensar que alguna vez pudiera ser leído por *extraños* que tratarían de descifrar a toda costa el sentido de algunas de sus anotaciones crípticas, sólo válidas para ella misma. Pero sucedió que su marido, el crítico John Middleton Murry, lo editó (1927) con carácter póstumo introduciendo breves acotaciones orientativas. Ignoramos cómo hubiese reaccionado Katherine ante el hecho de ver expuesta a la luz pública su más recóndita intimidad, pero es excepcional como documento humano de una mujer insatisfecha con la vida que ansiaba vivirla a tope y de una artista terriblemente autocrítica.

Lo que considero realmente valioso de esas notas es que no sólo